

Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado - Vaticano

La ECONOMÍA al servicio del desarrollo integral de la familia humana



1.- Economía y bien común.-

En el contexto de una globalización que contiene en sí el impulso de unificar a los pueblos y su destino, es necesaria una economía al servicio del **bien común de la familia humana**, reuniendo todas las potencialidades positivas -aún aquellas que generan cohesión social... la *Caritas in veritate* solicita a la misma economía que se piense a sí misma como una actividad humana destinada

a contribuir al desarrollo integral de los pueblos.

Según Benedicto XVI, la economía tiene que vencer la tentación de una autonomía absoluta, que termina casi por desvincularla de todo humanismo, considerándola capaz de producir no sólo riqueza, sino también salvación para todos /cf. n° 54). La realidad, en cambio, nos enseña que su existencia deriva y depende del hombre. **“Del hombre... y para el hombre:** un ser que no es el autor absoluto de sí mismo, que está inclinado al mal, como consecuencia de su naturaleza herida por el pecado.

“A la extensa lista de situaciones en las que se manifiestan los efectos perniciosos del pecado, se ha añadido ya desde hace mucho tiempo –escribe el Pontífice- también el de la economía. En estos precisos momentos tenemos una prueba inequívoca de lo que afirmo. La convicción de ser autosuficientes para lograr eliminar el mal presente hoy en la historia solamente con la acción particular, indujo al hombre a querer hacer coincidir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de acción social. Por otra parte, la convicción de la exigencia de autonomía de la economía, que no debe aceptar ‘influencias’ de carácter moral, ha empujado al hombre a abusar del instrumento de la economía hasta de una manera destructiva (n° 34).

Esta absolutización de la economía termina por desestabilizar el orden entre fines y medios. La unidad del mundo globalizado es buscada en el plano de las causas instru-mentales: lo percedero es absolutizado como una realidad cumplida y omnicomprensiva; el fin terrenal es confundido con el fin trascendente. Esto deriva a la finalización de aquel sentimiento de lo divino, al que se referían sistemas morales y filosóficos laicos de siglos pasados. El bien común de todo el género humano es desvalorizado desde el punto de vista antropológico y ético, de modo que, en lugar de ser promovido, termina por explotar...